

Uno

Sector de Mantell, Nekhebet Septentrional, Resurgam, Sistema Delta Pavonis, 2551

Se aproximaba una tormenta-cuchilla.

Sylveste se acercó al borde de la excavación, preguntándose si alguno de sus trabajadores lograría sobrevivir a la noche. El yacimiento arqueológico era un conjunto de ejes cuadrados y profundos, separados por vigas verticales: la clásica cuadrícula de Wheeler. Los ejes descendían decenas de metros, forrados por ataguías transparentes de hiperdiamante. Un millón de años de historia geológica se estratificaban y comprimían en ellos, pero una simple tormenta-cuchilla bastaría para cubrirlos casi hasta la superficie.

—Solicito su confirmación, señor —dijo un miembro de su equipo, saliendo de la primera oruga. Su voz quedaba amortiguada por la mascarilla que le cubría el rostro—. Cuvier acaba de anunciar que las condiciones meteorológicas del conjunto del continente de Nekhebet Septentrional serán severas. Aconsejan que todos los equipos de la superficie regresen a la base más cercana.

—¿Está diciendo que tenemos que hacer las maletas y regresar a Mantell?

—Va a ser una tormenta muy severa, señor. —El hombre se agitó nervioso, levantando el cuello de su chaqueta—. ¿Debo dar la orden general de evacuación?

Sylveste contempló la excavación; los focos desplegados a su alrededor iluminaban los lados de cada eje. En estas latitudes, Pavonis nunca estaba lo bastante alto para proporcionar una buena iluminación. Ahora, deslizándose hacia el horizonte y rodeado por grandes membranas de polvo, era poco más que una mancha de color rojo oxidado, difícil de distinguir a simple vista. Pronto llegarían los remolinos de polvo, precipitándose por las Estepas Ptero como cientos de giroscopios de juguete a los que se les ha dado demasiada cuerda. Después, la verdadera tormenta se alzaría como un yunque negro.

—No —respondió—. No hay ninguna necesidad de evacuar la zona. Aquí estaremos a salvo... Por si no se ha dado cuenta, esos peñascos apenas muestran marcas de erosión. Y si la tormenta arrecia, nos cobijaremos en las orugas.

El hombre contempló las rocas, moviendo la cabeza como si dudara de sus palabras.

—Señor, Cuvier sólo transmite informes meteorológicos tan severos un par de veces al año... Se trata de una tormenta de una magnitud superior a cualquier otra que hayamos vivido jamás.

—Hable por usted —respondió Sylveste, advirtiendo que la mirada de su interlocutor se detenía involuntariamente en sus ojos antes de desviarla, avergonzado—. Escúcheme. No vamos abandonar el yacimiento. No podemos permitirnoslo, ¿comprende?

El hombre volvió a observar la cuadrícula.

—Señor, podemos proteger con sábanas lo que hemos desenterrado. Además, aunque el polvo cubra todos los ejes, si enterramos los transmisores podremos encontrarlos de nuevo y regresar a este punto. —Las gafas de seguridad ocultaban sus ojos suplicantes—. Cuando regresemos, levantaremos una cúpula sobre el conjunto de la cuadrícula, señor. ¿No cree que eso será mucho mejor que poner en peligro a nuestra gente y nuestro equipo?

Sylveste dio un paso hacia el hombre, obligándolo a retroceder hacia el eje más cercano de la cuadrícula.

—Hará lo siguiente: diga a todos los equipos de la excavación que sigan trabajando hasta que yo diga lo contrario y que no quiero oír ni una palabra sobre regresar a Mantell. Mientras tanto, quiero que guarden en las orugas sólo los instrumentos más sensibles. ¿Entendido?

—¿Pero qué me dice de las personas, señor?

—Las personas tienen que hacer lo que han venido a hacer: excavar.

Sylveste lo miró con reprobación, como invitándolo a cuestionar sus órdenes. Tras un prolongado momento, el hombre giró sobre sus talones y se alejó con premura por la cuadrícula, moviéndose con agilidad entre las vigas. Los delicados gravitómetros de imagen, dispuestos alrededor de la cuadrícula como cañones que apuntan hacia el suelo, se mecían suavemente a medida que el viento soplaba con mayor intensidad.

Sylveste aguardó unos instantes antes de seguir un camino similar, aunque se desvió tras dejar atrás algunos recuadros de la cuadrícula. En el centro de la excavación se habían ampliado cuatro recuadros para construir un único foso de treinta metros de lado y una profundidad similar. Sylveste se encaramó a la escalera que conducía al foso y descendió con rapidez. Había subido y bajado por ella tantas veces durante las últimas semanas que casi le inquietaba más la falta de vértigo que la altura. Descendió por un lado de la ataguía, dejando atrás diferentes eras geológicas. Habían transcurrido nueve mil años desde el Acontecimiento. Como era habitual en las latitudes subpolares de Resurgam, la mayor parte de la estratificación era permafrost: un subsuelo permanentemente congelado. Más abajo, cerca del Acontecimiento, había una capa de regolith creada por el impacto de los meteoritos. El Acontecimiento en sí era una línea negra, fina como un cabello: la ceniza de los árboles que habían ardido.

El suelo del foso no estaba a nivel, sino que unos escalones cada vez más estrechos se sumergían a cuarenta metros por debajo de la superficie. Para iluminar este lúgubre lugar se habían dispuesto focos adicionales. La constreñida zona era un fantástico hervidero de actividad, y en ella no soplaba ni una brizna de viento. El equipo de excavación, arrodillado sobre alfombrillas, trabajaba en silencio con unas herramientas tan precisas que en otros tiempos podrían haberse utilizado para operaciones quirúrgicas. En el grupo había tres jóvenes estudiantes de Cuvier que habían nacido en Resurgam. Un criado se movía furtivamente entre ellos, esperando órdenes. Las máquinas resultaban útiles durante las fases iniciales de una excavación, pero no se les podía confiar el trabajo final. Junto al equipo había una mujer que estaba sentada con un ordenador portátil en el regazo, observando un mapa de cráneos amarantinos. Al ver a Sylveste, que se había acercado con gran sigilo, dio un respingo y cerró de un manotazo el ordenador. La mujer, que se resguardaba del frío con un abrigo, tenía el cabello moreno y un flequillo geométrico.

—Tenías razón —dijo—. Sea lo que sea, es muy grande. Y, al parecer, está muy bien conservado.

—¿Alguna hipótesis, Pascale?

—Ése es tu trabajo, ¿no? Yo sólo estoy aquí para comentarlo. —Pascale Dubois era una joven periodista de Cuvier que había cubierto los trabajos de la excavación desde el principio, ensuciándose a menudo las manos con los arqueólogos y aprendiendo su jerga—. Los cadáveres ponen los pelos de punta, ¿verdad? A pesar de que son alienígenas, parece que puedas sentir su dolor.

A un lado del foso, justo antes de la pendiente, habían encontrado dos cámaras funerarias revestidas de piedra. Llevaban novecientos mil años enterradas (como mínimo), pero estaban prácticamente intactas y los huesos hallados en su interior mantenían un toscó parecido anatómico. Eran esqueletos amarantinos, aunque cualquiera que no fuera un antropólogo cualificado los habría considerado restos humanos, puesto que los amarantinos

eran criaturas bípedas dotadas de cuatro extremidades, con un tamaño y una estructura ósea similar a la humana. El volumen del cráneo también era parecido y los órganos sensoriales, respiratorios y comunicativos estaban situados en posiciones análogas. Sin embargo, los cráneos amarantinos eran alargados y similares a los de las aves, con un prominente pliegue craneal que se extendía hacia delante, desde las voluminosas cuencas de los ojos hasta el extremo de la mandíbula superior, que tenía forma de pico. Los huesos estaban cubiertos por un tejido curtido, disecado, que se había utilizado para retorcer los cuerpos, obligándolos a adoptar agonizantes posturas... o eso era lo que parecía. No eran fósiles en el sentido habitual de la palabra: no había tenido lugar ningún proceso de mineralización y las cámaras funerarias habían permanecido completamente vacías, excepto por los huesos y los objetos con los que habían sido enterrados.

—Puede que sea eso lo que debemos pensar —dijo Sylveste, agachándose y tocando uno de los cráneos.

—No —respondió Pascale—. Yo creo que el tejido distorsionó el cuerpo a medida que se fue secando.

—A no ser que los enterraran así.

Al tocar el cráneo con sus guantes, que transmitían datos táctiles a las yemas de sus dedos, recordó una sala amarilla de Ciudad Abismo, con aguatinas de paisajes helados en las paredes: criados de uniforme se movían entre los huéspedes, ofreciendo dulces y licores; las cortinas, de colorido crepé, se extendían desde el techo, construido en forma de mirador; y empalagosos entópticos iluminaban la atmósfera, como requería la moda del momento: serafines, querubines, colibríes y hadas. Recordaba a los invitados, en su mayoría colegas de su padre, personas que o bien no conocía o bien detestaba, pues sus amigos siempre habían sido pocos en número. Su padre había llegado tarde, como siempre. La fiesta estaba decayendo cuando se dignó aparecer. En aquel entonces esto era algo habitual, pues Calvin estaba trabajando en su último proyecto, el más importante de todos, y ser consciente de ello era como una muerte lenta... al igual que su suicidio, una vez completada su obra.

Recordaba a su padre sacando una caja cuyos lados mostraban una marquetaría de bandas ribonucleicas entrelazadas.

—Ábrela —le había dicho Calvin.

Recordaba haberla cogido, sintiendo lo liviana que era. Al abrir la tapa, encontró un nido de material de embalaje fibroso. En su interior descansaba una cúpula moteada en marrón, del mismo color que la caja. Era la parte superior de una calavera, obviamente humana, a la que le faltaba la mandíbula.

Recordaba el silencio que se había hecho en la sala.

—¿Eso es todo? —había dicho Sylveste, lo bastante alto para que todos los presentes pudieran oírlo—. ¿Un hueso viejo? Gracias, papá. Me siento humillado.

—Y deberías estarlo —había respondido Calvin.

Sylveste se dio cuenta al instante de que Calvin tenía razón. La calavera era sumamente valiosa. No tardó en descubrir que tenía doscientos mil años de antigüedad y pertenecía a una mujer de Atapuerca. El contexto en el que había sido enterrada indicaba con bastante precisión el momento de su muerte, pero los científicos que la habían desenterrado habían podido concretarla usando las mejores técnicas de la época: con el método del potasio-argón habían efectuado la datación de las rocas de la cueva en la que había sido enterrada; las secuencias de uranio les habían permitido datar los depósitos de travertina de los muros; y con el método de la termoluminiscencia habían datado los fragmentos de sílex quemado. Con ligeras mejoras de calibración y aplicación, estas técnicas se siguieron utilizando en la excavación de Resurgam. La física sólo permite ciertos métodos para la datación de objetos. Sylveste tendría que haber sabido al instante que aquella calavera era el objeto humano más antiguo de Yellowstone,

llevado al sistema de Epsilon Eridani siglos antes y perdido durante los alzamientos de la colonia. El hecho de que Calvin la hubiera desenterrado era un pequeño milagro.

Se ruborizó, no tanto por su ingratitud como por el hecho de haber puesto de manifiesto su ignorancia, a pesar de que podría haberla ocultado perfectamente. Nunca más se permitiría algo así. Años después, el cráneo había viajado con él a Resurgam para recordarle esta promesa.

Ahora no podía fracasar.

—Si lo que dices es cierto —dijo Pascale—, tuvieron que enterrarlos así por alguna razón.

—Puede que fuera una advertencia —conjeturó Sylveste, dando media vuelta para acercarse a los tres estudiantes.

—Me temía que dijeras algo así —replicó Pascale, siguiéndolo—. ¿Y en qué podría haber consistido esa terrible amenaza?

Sylveste sabía que se trataba de una pregunta retórica, pues Pascale conocía perfectamente sus teorías sobre los amarantinos. Se las cuestionaba con tanta frecuencia que Sylveste tenía la impresión de que intentaba encontrar algún error lógico, uno que lo obligara a reconocer que sus argumentos eran erróneos.

—El Acontecimiento —dijo Sylveste, tocando la delgada línea negra que había tras la ataguía más cercana.

—Los amarantinos sufrieron el Acontecimiento —respondió Pascale—. No tuvieron ni voz ni voto en él. Además, sucedió con tanta rapidez que, aunque hubieran tenido alguna idea de lo que se les estaba echando encima, es imposible que les diera tiempo a enterrar cadáveres con terribles advertencias.

—Enfurecieron a los dioses —dijo Sylveste.

—Sí —respondió Pascale—. Creo que todos estamos de acuerdo en que interpretaron el Acontecimiento como una prueba de desaprobación teísta, dentro de los límites de su sistema de fe, pero es imposible que les diera tiempo a expresar dicha fe antes de que todos murieran, y mucho menos de enterrar los cadáveres para el bien de los futuros arqueólogos de una especie diferente. —Se cubrió la cabeza con la capucha y tiró del cordel. En el foso empezaban a asentarse delicadas plumas de polvo y soplaba un poco de aire—. ¿Tú no lo crees, verdad?

Sin esperar a oír su respuesta, se colocó unas voluminosas gafas de seguridad en los ojos, desordenando momentáneamente su flequillo, y contempló el objeto que estaban desenterrando.

Las gafas de Pascale accedían a los datos de los gravitómetros de imagen situados alrededor de la cuadrícula de Wheeler, superponiendo la imagen estereoscópica de las masas enterradas sobre la imagen normal. Sylveste no necesitaba gafas, sino que sólo tenía que ordenar a sus ojos que hicieran lo mismo. El terreno que pisaban se hizo cristalino, insustancial: una matriz borrosa en la que yacía sepultado algo grande. Era un obelisco: un enorme bloque de roca tallada, encajonada en una serie de sarcófagos de piedra. El obelisco medía veinte metros de altura, pero los trabajos de excavación sólo habían conseguido desenterrar unos centímetros de la parte superior. En uno de sus lados había indicios de escritura, realizada en una de las formas gráficas amarantinas de la fase tardía. Los gravitómetros carecían de resolución espacial para mostrar el texto, de modo que tendrían que desenterrar el obelisco antes de poder leerlo.

Sylveste ordenó a sus ojos que recuperaran la visión normal.

—Tenéis que trabajar más rápido —dijo a sus estudiantes—. No me importa que provoquéis abrasiones menores en la superficie. Antes de que acabe la noche quiero que haya, como mínimo, un metro visible.

Uno de los estudiantes se volvió hacia él, aún arrodillado.

—Señor, hemos oído que tendremos que abandonar el yacimiento.

—¿Por qué diablos íbamos a tener que abandonarlo?

—Por la tormenta, señor.

—¡A la mierda la tormenta!

Estaba dando media vuelta cuando Pascale lo cogió del brazo, con un poco de brusquedad.

—Tienen derecho a estar preocupados, Dan. —Habló en voz baja, para que sólo la oyera él—. Yo también lo he oído. Deberíamos regresar a Mantell.

—¿Y perder todo esto?

—Regresaremos.

—Es posible que no volvamos a encontrarlo jamás, aunque enterremos un transmisor.

Sabía que tenía razón: la ubicación del yacimiento era incierta y los mapas de la zona no eran demasiado detallados, pues habían sido trazados con premura cuarenta años atrás, cuando el *Lorean* entró en la órbita de Resurgam. Además, desde que los rebeldes destruyeron el cinturón de satélites de comunicación hacia veinte años (cuando la mitad de los colonizadores decidieron robar la nave y regresar a casa), no había habido ninguna forma precisa de determinar su posición. Y durante una tormenta-cuchilla, era frecuente que fallaran los transmisores.

—Las vidas humanas son más valiosas —dijo Pascale.

—Puede que incluso más —Sylveste señaló con un dedo a los estudiantes—. Más deprisa. Utilizad al criado si es necesario. Quiero ver la cúspide del obelisco al amanecer.

Sluka, una estudiante de investigación de último año, dijo algo entre dientes.

—¿Decía algo? —preguntó Sylveste.

Sluka se puso en pie por primera vez en horas. Sylveste pudo ver la tensión en sus ojos. La pequeña espátula que había estado utilizando cayó al suelo, junto a los zapatos esquimales que cubrían sus pies. Arrancó la mascarilla de su rostro y respiró el aire de Resurgam durante unos segundos, mientras hablaba.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué, Sluka?

La mujer inhaló aire de la mascarilla antes de hablar de nuevo.

—Está tentando a la suerte, doctor Sylveste.

—Usted acaba de arrojar la suya por el precipicio.

Ella ignoró sus palabras.

—Sabe que nos importa su trabajo, que compartimos sus creencias. Por eso estamos aquí, rompiéndonos la espalda por usted. Creo que debería valorarnos más. —Sus ojos miraban a Pascale, emitiendo arcos blancos—. En estos momentos, usted necesita todos los aliados que pueda encontrar, doctor Sylveste.

—¿Es una amenaza?

—Un hecho. Si prestara más atención a lo que sucede en la colonia, sabría que Girardieau planea moverse en su contra... y tiene más probabilidades de conseguirlo de lo que usted cree.

La base de su nuca se erizó.

—¿De qué está hablando?

—De un golpe. ¿De qué si no? —Sluka pasó junto a él para llegar a la escalera. En cuanto tuvo un pie en el primer peldaño, se giró y miró a los otros dos estudiantes. Ambos tenía la cabeza agachada y estaban concentrados desenterrando el obelisco—. Podéis seguir trabajando todo el tiempo que queráis, pero luego no digáis que nadie os avisó. Y si tenéis alguna duda de qué sucede al quedar atrapado en una tormenta-cuchilla, echad un vistazo a Sylveste.

Uno de los estudiantes levantó la cabeza con timidez.

—¿Adónde vas, Sluka?

—A hablar con los demás equipos de excavación. Puede que no estén al corriente del aviso. En cuanto lo sepan, no creo que muchos quieran quedarse.

Empezó a subir por la escalera, pero Sylveste la sujetó por el talón del zapato. Sluka lo miró. Aunque llevaba puesta la mascarilla, Sylveste pudo ver el desprecio en su rostro.

—Está acabada, Sluka.

—No —respondió ella, subiendo los escalones—. Acabo de empezar. Es usted quien me preocupa.

Sylveste se sorprendió al descubrir lo tranquilo que estaba. Pero era como la calma que existe en los metálicos océanos de hidrógeno de los planetas de la gigante de gas que había más allá de Pavonis, mantenida tan sólo por el choque de las altas y las bajas presiones.

—¿Y bien? —preguntó Pascale.

—Tengo que hablar con alguien —respondió Sylveste.

Sylveste ascendió por la rampa con su oruga. La otra, llena a rebosar, contenía el equipo, los contenedores de muestras y las hamacas, para que sus estudiantes descansaran en los comprimidos nichos de espacio desocupado. Tenían que dormir en las máquinas porque algunas de las excavaciones de la zona (como ésta) se encontraban a más de un día de viaje de Mantell. El diseño de la oruga de Sylveste era considerablemente mejor, pues más de la tercera parte de su interior estaba destinada a su camarote y su despacho. El resto de la máquina contaba con espacio de carga útil adicional y un par de alojamientos más modestos para los trabajadores de mayor categoría o sus invitados: en estos momentos, Sluka y Pascale. Ahora tenía el conjunto de la oruga para él sólo.

La decoración del camarote no revelaba que se encontraba a bordo de una oruga. Las paredes estaban revestidas de terciopelo rojo y los estantes, salpicados de copias de instrumentos científicos y reliquias. Había grandes mapas Mercator de Resurgam, acotados con elegancia y punteados con las ubicaciones de los hallazgos amarantinos más importantes. Otras secciones de la pared estaban cubiertas por textos que se actualizaban lentamente: artículos académicos en preparación. Su simulación de nivel beta, que realizaba la mayor parte del trabajo de redacción, estaba preparada para imitar su estilo de forma más fiable que él mismo, dadas las distracciones actuales. Más adelante, si disponía de tiempo, los revisaría, pero ahora sólo les dedicó un breve vistazo mientras se dirigía hacia el escritorio, un mueble de mármol y malaquita, decorado con escenas lacadas de los inicios de la exploración espacial.

Sylveste abrió un cajón y sacó un cartucho de simulación: una tabla gris y carente de marcas, similar a un azulejo de cerámica. Para invocar a Calvin sólo tenía que insertar el cartucho en una ranura que había en la parte superior del escritorio. Vaciló. Habían pasado varios meses desde que lo había hecho regresar de la muerte, y su último encuentro había ido tan mal que se había prometido a sí mismo que sólo volvería a invocarlo en caso de crisis. Ahora tenía que juzgar si esto era realmente una crisis y si era lo bastante grave para justificar una invocación. El problema era que no siempre podía fiarse de los consejos de Calvin.

Sylveste insertó el cartucho en el escritorio.

Los duendes tejieron una figura de luz en medio de la sala: Calvin sentado en una enorme silla señorial. La aparición era más realista que cualquier holograma (incluso tenía sutiles efectos de sombreado), pues estaba siendo generada mediante la manipulación directa del campo visual de Sylveste. La simulación de nivel-beta representaba a Calvin en su época de máximo esplendor, cuando apenas tenía cincuenta años y era una celebridad en Yellowstone. Sorprendentemente, parecía mayor que Sylveste, a pesar de que la imagen de Calvin era veinte años más joven en términos fisiológicos. Sylveste había rebasado en ocho años su tercer siglo, pero los tratamientos de longevidad a los que se había sometido en Yellowstone eran mucho más avanzados que los que existían en la época de Calvin.

Por todo lo demás, sus rasgos y su complejión eran idénticos, y en los labios de ambos se dibujaba una eterna curva de diversión. Calvin llevaba el cabello más corto y vestía las galas

de la Belle Epoque Demarquista, en vez de la relativa austeridad del traje expedicionario de Sylveste: sayo ondulante, elegantes pantalones de cuadros ensartados en botas de bucanero y los dedos centelleantes de joyas y metales. Su barba de corte impecable era poco más que un trazo de color óxido que recorría la línea de la mandíbula. La figura estaba rodeada de pequeños entópticos, símbolos de lógica booleana y largas cascadas de binarios. Con una mano se acariciaba la barba y con la otra jugueteaba con el pergamino grabado que finalizaba el apoyabrazos del asiento.

Una oleada de animación serpenteó sobre la proyección. Sus pálidos ojos emitieron un destello de interés.

Calvin levantó los dedos a modo de perezoso saludo.

—Bueno... —dijo—. Parece que las cosas no van bien.

—Supones demasiado.

—No tengo que suponer nada, querido. Simplemente he entrado en la red y he accedido a los miles de informes nuevos —estiró el cuello para examinar el camarote—. Tienes un hogar acogedor. Por cierto, ¿qué tal van los ojos?

—Funcionan tan bien como cabría esperar.

Calvin asintió.

—La resolución no es demasiado alta, pero es lo mejor que pude hacer con las herramientas con las que me vi obligado a trabajar. Como sólo reconecté un cuarenta por ciento de los canales del nervio óptico, no tenía sentido instalar cámaras de mayor resolución. Es posible que pueda hacer algo si en este planeta hay un equipo quirúrgico medianamente bueno. Si quieres que Rafael te pinte la Capilla Sixtina, no le des un cepillo de dientes.

—Echa sal sobre las heridas.

—Jamás haría algo así —dijo Calvin, todo inocencia—. Sólo estoy diciendo que si pensabas permitirle que se llevara el *Lorean*, ¿no podrías haber persuadido a Alicia para que nos dejara material médico?

Veinte años atrás, Alicia, la mujer de Sylveste, había liderado el motín en su contra, un hecho que Calvin nunca permitiría que olvidara.

—De modo que fui una especie de sacrificio —Sylveste agitó un brazo para que la imagen guardara silencio—. Lo siento, pero no te he invocado para que mantengamos una charla alrededor del fuego, Cal.

—Preferiría que me llamas Padre.

Sylveste lo ignoró.

—¿Sabes dónde estamos?

—En una excavación, supongo. —Calvin cerró los ojos unos instantes y se acercó los dedos a las sienes, fingiendo concentración—. Déjame ver. Sí. Dos orugas de expedición en el exterior de Mantell, cerca de las Estepas Ptero... una cuadrícula Wheeler... ¡Qué extraño! Aunque supongo que sirve bien a tu propósito. ¿Y qué es esto? Gravitómetros de alta resolución... Sismogramas... Parece que has encontrado algo, ¿verdad?

En ese mismo instante, el escritorio mostró a un duende de estado que le anunció que estaba entrando una llamada de Mantell. Sylveste mantuvo una mano en alto mientras decidía si la aceptaba o no. La persona que deseaba ponerse en contacto con él era Henry Janequin, un especialista en biología aviar y uno de sus pocos aliados de Sylveste. Janequin había conocido al verdadero Calvin, pero Sylveste estaba bastante seguro de que nunca había visto su simulación de nivel-beta... y mucho menos mientras su hijo buscaba su consejo. Reconocer que necesitaba la ayuda de Cal, que había invocado a la simulación para dicho propósito, sería un signo crucial de debilidad.

—¿A qué estás esperando? —dijo Cal—. Conéctalo.

—No sabe nada de ti... de nosotros.

Calvin movió la cabeza y, de repente, Janequin apareció en la sala. Sylveste se esforzó en mantener la compostura, pero era evidente que Calvin había descubierto la forma de enviar órdenes a las funciones privadas del escritorio.

Calvin siempre ha sido un tipo retorcido, pensó Sylveste. Pero por eso le resultaba tan útil.

La proyección de cuerpo entero de Janequin era menos nítida que la de Calvin, puesto que procedía del sistema de satélites de Mantell y éste era bastante heterogéneo. Además, las cámaras que proyectaban su imagen probablemente habían conocido días mejores... como la mayoría de las cosas que había en Resurgam.

—Por fin te encuentro —dijo Janequin, que sólo había visto a Sylveste—. Llevo una hora intentando ponerte en contacto contigo. ¿No dispones de ningún sistema que te avise de las llamadas cuando estás en el pozo?

—Sí —respondió Sylveste—, pero lo he desconectado. Me distraía demasiado.

—¡Oh! —dijo Janequin, revelando ligeramente su enfado—. Muy astuto, Sylveste. Sobre todo, tal y como están las cosas. Sabes perfectamente de qué estoy hablando. Hay problemas, y quizá más graves de lo que tú... —En aquel instante, Janequin advirtió la presencia de Calvin. Tras analizar la figura que ocupaba la silla, exclamó—: ¡Jesús! ¿Eres tú, verdad?

Cal asintió sin decir nada.

—Es su simulación de nivel-beta —explicó Sylveste. Era importante aclarar eso antes de que la conversación prosiguiera; las simulaciones alfas y las betas eran fundamentalmente distintas, y el protocolo Stoner era muy puntilloso a la hora de diferenciar entre ambas. Si Sylveste hubiera permitido que Janequin pensara que ésta era la grabación de nivel alfa perdida hacía tanto tiempo, habría sido culpable de metedura de pata social extrema—. Le estaba haciendo una consulta... a la simulación.

Calvin hizo una mueca.

—¿Sobre qué? —preguntó Janequin.

Era un hombre anciano. De hecho, era la persona más anciana de Resurgam y, cada año que pasaba, su aspecto parecía estar ligeramente más próximo al de algún ideal simiesco. Su cabello, su barba y su bigote blancos enmarcaban un pequeño rostro rosado, como si fuera un extraño mono tití. En Yellowstone no había habido mayores expertos en genética que los Mixmasters, pero muchos consideraban que Janequin era mucho más inteligente que cualquier otro miembro del grupo, a pesar de que no era posible demostrar su ingenio, pues no se había revelado en un momento de lucidez, sino que se había ido acumulando durante años y años de excelente trabajo. Ahora estaba bien entrado en su cuarto siglo de vida y las diversas capas de tratamientos de longevidad empezaban a desmoronarse de forma visible.

Sylveste suponía que Janequin sería la primera persona de Resurgam que, después de muchísimo tiempo, moriría de vieja. Este pensamiento lo llenó de tristeza. Ambos disentían en muchos puntos, pero siempre habían estado de acuerdo en todas las cosas importantes.

—Ha encontrado algo —anunció Cal.

Los ojos de Janequin se iluminaron, rejuvenecieron con la alegría del descubrimiento científico.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, yo...

De pronto sucedió algo extraño. La habitación se había desvanecido y, ahora, los tres estaban de pie en un balcón, en uno de los edificios más elevados de lo que Sylveste reconoció al instante como Ciudad Abismo. Esto debía de ser obra de Calvin. El escritorio les había seguido como un perrito obediente. Si Cal podía acceder a las funciones privadas, pensó Sylveste, también podía ejecutar este tipo de trucos y activar uno de los entornos estándar del escritorio. Además, la simulación era muy buena: el viento le golpeaba en las mejillas y la ciudad tenía un olor intangible, difícil de definir, pero obvio ante su ausencia en entornos más baratos.

Era la ciudad de su infancia, durante la ilustre Belle Epoque. Impresionantes estructuras de oro se desplazaban en la distancia como nubes esculpidas, zumbando entre el tráfico aéreo. Debajo, parques y jardines nivelados descendían en una serie de perspectivas vertiginosas hacia una frondosa neblina de follaje y luz, varios kilómetros por debajo de sus pies.

—¿No es maravilloso volver a ver este lugar? —preguntó Cal—. Y pensar que, si hubiésemos querido, podría haber sido nuestro, podría haber pertenecido a nuestro clan. Si hubiéramos tomado las riendas de este lugar, ¿quién sabe si ahora las cosas serían completamente distintas?

Janequin se apoyó en la barandilla.

—Sí, es un lugar precioso, pero no he venido a contemplar el paisaje, Calvin. Dan, ¿que ibas a decirme antes de que nos...?

—¿Interrumpieran de forma tan brusca? —preguntó Sylveste—. Iba a pedirle a Cal que extrajera del escritorio los datos de los gravitómetros, pues es evidente que dispone de los medios necesarios para acceder a mis archivos privados.

—Eso no es nada para un hombre en mi posición —dijo Cal. Tardó unos instantes en acceder a la borrosa imagen del objeto enterrado, pero pronto el obelisco pendió ante ellos al otro lado de la barandilla... al parecer, a tamaño real.

—Oh, muy interesante —dijo Janequin—. ¡Muy interesante!

—No está mal —comentó Cal.

—¿Que no está mal? —repitió Sylveste—. Es mucho más grande y está mucho mejor conservado que cualquier otro objeto que hayamos encontrado hasta la fecha. Es una prueba evidente de una fase más avanzada de tecnología amarantina. De hecho, puede que se creara en una fase precursora a una verdadera revolución industrial.

—Supongo que podría ser un hallazgo significativo —dijo Cal, a regañadientes—. Tú... hum... supongo que tienes planeado desenterrarlo, ¿verdad?

—Hasta hace un momento, sí —Sylveste hizo una pausa—. Pero acaba de ocurrir algo. Me acaban de... Acabo de saber que Girardieau podría estar planeando actuar en mi contra antes de lo que me temía.

—No puede tocarte sin contar con la aprobación de la mayoría del consejo de expediciones —comentó Cal.

—No, no puede —respondió Janequin—. Pero no creo que sea así como piensa hacerlo. La información de Dan es correcta. Al parecer, Girardieau podría estar planeando una acción más directa.

—Y sería el equivalente de una especie de... golpe, supongo.

—Sí, creo que ése sería su nombre técnico —respondió Janequin.

—¿Estás seguro? —Entonces, Calvin volvió a fingir que intentaba concentrarse y su frente se llenó de líneas oscuras—. Sí... podrías tener razón. Durante estos últimos días, la prensa ha estado especulando sobre el próximo movimiento de Girardieau... y el hecho de que Dan se encuentre en una excavación mientras la colonia experimenta una crisis de liderazgo... y el incremento que han experimentado las comunicaciones encriptadas entre los simpatizantes de Girardieau... Me ha sido imposible acceder a los mensajes codificados pero, sin duda alguna, la razón de que se hayan incrementado de tal forma es obvia.

—Están planeando algo, ¿verdad? —preguntó Sylveste. Entonces se dio cuenta de que Sluka tenía razón... y en ese caso, aunque lo hubiera amenazado con abandonar la excavación, le había hecho un favor. Sin sus advertencias, jamás habría invocado a Cal.

—Eso parece —respondió Janequin—. Ésa es la razón por la que intentaba ponerme en contacto contigo. Lo que Cal ha dicho sobre los simpatizantes de Girardieau no ha hecho más que confirmar mis temores. —Cerró la mano con fuerza alrededor de la barandilla. El estampado del puño de su chaqueta, que pendía holgadamente sobre su esquelético armazón,

mostraba ojos de pavo real—. Creo que no hay ninguna razón por la que deba quedarme aquí, Dan. He intentado mantenerme en contacto contigo de una forma que no resultara sospechosa, pero tengo muchas razones para creer que esta conversación está siendo grabada. La verdad es que no debería decir nada más. —Dio la espalda al paisaje urbano y al obelisco antes de dirigirse hacia el hombre sentado—. Calvin... ha sido un placer volver a verte, después de tanto tiempo.

—Cuídate, Janequin —se despidió Cal, levantando una mano en su dirección—. Y buena suerte con los pavos reales.

La sorpresa de Janequin fue obvia.

—¿Estás al tanto de mi pequeño proyecto?

Calvin sonrió, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, pensó Sylveste, la pregunta de Janequin había sido superflua.

El anciano agitó la mano, haciendo que el entorno se activara en interacción táctil completa, antes de abandonar los confines de aquella habitación imaginaria.

Los dos se quedaron solos en el balcón.

—¿Y bien? —preguntó Cal.

—No puedo permitirme perder el control de la colonia.

Sylveste había estado al mando de la expedición de Resurgam incluso después de la desertión de Alicia. Técnicamente, aquellos que habían decidido quedarse en el planeta en vez de regresar a casa con ella deberían haber sido sus aliados, deberían haber ayudado a que su posición cobrara fuerza, pero no había sido así, pues no todos aquellos que habían compartido los mismos ideales que Alicia habían logrado llegar al *Lorean* antes de que la nave abandonara la órbita. Además, muchos de sus simpatizantes que habían permanecido en el planeta consideraban que no había sabido manejar bien la crisis o que lo había hecho de forma delictiva. Sus enemigos afirmaban que lo que le habían hecho en la cabeza los Malabaristas de Formas antes de que visitara a los Amortajados estaba empezando a manifestarse, que Sylveste mostraba unas patologías que bordeaban la locura. Las investigaciones sobre los amarantinos habían proseguido con un dinamismo decreciente, mientras que las diferencias y las enemistades políticas habían ido aumentando hasta hacerse irreconciliables. Aquellos que mantenían cierta lealtad residual hacia Alicia (entre ellos, Girardieau) se habían unido a los Inundacionistas. Los arqueólogos de Sylveste estaban resentidos y se sentían asediados. En ambos bandos se habían producido muertes que resultaba imposible catalogar como accidentes. Ahora, las cosas habían llegado a su apogeo y Sylveste no se encontraba en la posición apropiada para resolver la crisis.

—Pero tampoco puedo dejar escapar eso —dijo, señalando el obelisco—. Necesito tu consejo, Cal. Y me lo darás porque dependes por completo de mí. Eres frágil, recuérdalo.

Calvin se removió inquieto en la silla.

—De modo que, básicamente, estás presionando a tu anciano padre. Eres encantador.

—No —respondió Sylveste, con los dientes apretados—. Lo único que estoy diciendo es que puedes caer en las manos equivocadas si no me proporcionas orientación. Hablando en plata, no eres más que otro miembro de nuestro ilustre clan.

—Aunque tú no estés de acuerdo, ¿verdad? Para ti, sólo soy un programa, una evocación. ¿Cuándo me permitirás poseer de nuevo tu cuerpo?

—Eso no volverá a repetirse.

Calvin levantó un dedo amonestador.

—No te enfades, hijo. Fuiste tú quien me invocó, no a la inversa. Si lo deseas, puedes volver a dejarme en la lámpara. Me da completamente igual.

—Lo haré, pero después de que me des tu consejo.

Calvin se inclinó hacia delante.

—Dime qué hiciste con mi simulación de nivel alfa y puede que me lo piense.—Esbozó una sonrisa traviesa—. ¡Demonios! Sí incluso podría contarte varias cosas sobre los Ochenta que ignoras.

—Lo que ocurrió —dijo Sylveste— fue que murieron setenta y nueve personas inocentes. Eso no tiene ningún misterio. Pero no te considero responsable. Sería como acusar de crímenes de guerra a un fotógrafo de dictadores.

—Te daré mi consejo, cabrón desagradecido —dijo, girando el asiento de modo que su sólida espalda estuviera delante del rostro de Sylveste—. Reconozco que tus ojos no son el último grito en tecnología, ¿pero qué esperabas? —Volvió a girar el asiento. Ahora, Calvin iba vestido como Sylveste, llevaba un corte de pelo similar y tenía su misma piel suave en el rostro—. Háblame de los Amortajados. Cuéntame tus secretos, hijo mío. Explícame qué sucedió realmente en la Mortaja de Lascaille, y no el fardo de mentiras que has estado hilando desde que regresaste.

Sylveste se acercó al escritorio, dispuesto a retirar el cartucho.

—Espera —dijo Calvin, levantando bruscamente los brazos—. ¿No querías mi consejo?

—Por fin empezamos a entendernos.

—No puedes permitir que gane Girardieau. Si el golpe es inminente, es necesario que regreses a Cuvier. Allí podrás reunir al escaso apoyo que puedas tener.

Sylveste miró por la ventanilla de la oruga, hacia la cuadrícula. Unas sombras cruzaban las vigas: eran los trabajadores que abandonaban la excavación, dirigiéndose en silencio hacia el santuario de la otra oruga.

—Puede que sea el descubrimiento más importante que hemos hecho desde nuestra llegada.

—Tienes que sacrificarlo. Si mantienes a Girardieau a raya, podrás permitirte el lujo de regresar aquí y buscarlo de nuevo, pero si gana él, nada de lo que encuentres importará.

—Lo sé —respondió Sylveste. Durante unos instantes, no hubo ningún tipo de rencor entre ambos. El razonamiento de Calvin era correcto y habría sido grosero fingir lo contrario.

—¿Entonces seguirás mi consejo?

Deslizó la mano hacia el escritorio, preparándose para retirar el cartucho.

—Lo pensaré.